



“Victoriano Huerta y la contrarrevolución”

p. 143-160

Mario Ramírez Rancaño

*La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa

2002

472 p.

Cuadros

(Las Ciencias Sociales, Segunda década)

ISBN 970-701-213-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion\\_mexicana.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion_mexicana.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## CAPÍTULO VIII

### *Victoriano Huerta y la contrarrevolución*

EN MAYO de 1911, el gobierno le asignó a Victoriano Huerta la responsabilidad de salvaguardar la integridad física de Porfirio Díaz, desde la ciudad de México hasta el puerto de Veracruz. En el trayecto, una pequeña partida de rebeldes detuvo el tren en Tepeyahualco, y con una escolta armada, Huerta entró en combate logrando dispersarlos. Ya sin más incidentes, el tren llegó a Veracruz, en donde despidió al depuesto dictador con 21 cañonazos.<sup>277</sup> Tres años después, Huerta siguió sus pasos rumbo al destierro. Instalado en Barcelona, Huerta estaba muy cerca de París, el refugio dorado de Porfirio Díaz, pero nada hizo por visitarlo, seguramente porque sabía que ex dictador le guardaba sumo rencor por la jugareta que le hizo a su sobrino Félix. Huerta vivía en un chalet, y a finales de diciembre de 1914, celebró la boda religiosa de su hija, en la cual oficiaron dos sacerdotes españoles que al parecer lo acompañaron desde México. En esa ocasión, el cónsul mexicano en Barcelona se quejó de que en la ceremonia se abusó del himno nacional.<sup>278</sup>

En el otro lado del océano, un buen número de mexicanos instalados en los Estados Unidos, se abocaron a montar la contrarrevolución. Como hombres acostumbrados al poder y a la riqueza, no soportaban haber sido echados del país. Les resultaba humillante que hombres rudos, y sin mayor preparación, se hubieran erigidos como los hombres fuertes de México, y en los factores decisivos del

<sup>277</sup>Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 24 y Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 22.

<sup>278</sup>Carlos Illades, *México y España durante la Revolución mexicana*, México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano núm. 21, 1985, pp. 116-117 y 124-125.

poder. En unos más que en otros se incubaron fuertes deseos de venganza. El problema era encontrar a un caudillo dispuesto a encabezar un movimiento armado, que arrastrara tras de sí un vasto contingente de hombres, hasta llegar a Palacio Nacional. Se entiende que debía ser un caudillo, que durante su desplazamiento de norte a sur del país, barrera con las tropas constitucionalistas y se ganara el apoyo de la población civil. Entre los exiliados en los Estados Unidos se barajaron varios nombres, y en forma unánime concluyeron que la persona indicada era Victoriano Huerta, quien estaba en España.

Todos coincidieron que Huerta, más que otra persona, era la indicada, ya que estaba sumamente dolido por la forma en que lo echaron de la silla presidencial, amén de la leyenda negra que le estaban construyendo los constitucionalistas. Las etiquetas de usurpador, asesino, alcohólico, golpista, marihuano, entre otras, campeaban en los labios de los constitucionalistas y se difundían por todos los confines del país y aún del extranjero. Por lo demás, habría otro elemento a su favor. Teniendo en cuenta su reciente paso por la Presidencia de la República, podía intentar reconstruir los altos mandos del ejército, y con ellos cruzar la frontera mexicana. Cuando menos éstos eran los planes, aunque faltaba que los generales desterrados comulgaran con ellos.

#### UNA DIGRESIÓN: PASCUAL OROZCO

APENAS RENUNCIÓ Huerta a la Presidencia de la República, Pascual Orozco se rebeló contra el presidente interino Francisco S. Carbajal, y naturalmente contra los constitucionalistas, secundado por Francisco Cárdenas y el general Emilio P. Campa.<sup>279</sup> El plan estratégico de la nueva rebelión dictaba que Cárdenas se trasladara con sus hombres a Michoacán, mientras que Orozco y Campa operarían en Guanajuato, Querétaro y Aguascalientes, camino hacia el norte, para reunirse con Roque González, otro de sus alia-

<sup>279</sup>Michael C. Meyer, *El rebelde del norte*, p. 142.

dos. Después de una serie de escaramuzas contra los constitucionales, Orozco decidió dirigirse hacia el norte para cruzar la frontera con los Estados Unidos.<sup>280</sup> Nuevas escaramuzas y desertiones redujeron su ejército al grado de que al llegar a Coahuila, contaba sólo con un puñado de seguidores. Pero además de Carranza, otros jefes revolucionarios le traían ganas a Orozco. Todos coincidían en que, si Pascual Orozco caía en manos de Villa, con seguridad sería fusilado. Para mediados de septiembre corrieron rumores de que Orozco ya se encontraba en Texas.<sup>281</sup> Francisco Cárdenas no tardó en desertar y refugiarse en Guatemala.

A fines de noviembre, otros generales orozquistas se trasladaron a El Paso, Texas. Se trató de Marcelo Caraveo, Francisco del Toro, Emilio Campa y José Inés Salazar.<sup>282</sup> Mientras que Campa y Salazar llevaban a cabo constantes incursiones de distracción en el norte de Chihuahua, Pascual Orozco se abocaba a preparar lo que soñaba sería un gran movimiento contrarrevolucionario. Estableció contacto con los exiliados más importantes refugiados en las diferentes ciudades de los Estados Unidos, y emprendió la difícil tarea de obtener armas y municiones en grandes cantidades. Hasta aquí, se suponía, que llegado el momento de empuñar las armas, él sería el comandante militar supremo y dirigiría personalmente a sus fuerzas.<sup>283</sup> Para finales de 1914 conferenció en Nueva York con varios simpatizantes de Victoriano Huerta, y se enteró de los deseos de éste por regresar al nuevo mundo.<sup>284</sup> A las pocas semanas, se enteró de que Enrique Creel navegaba en las aguas de Atlántico rumbo a Barcelona para tratar de convencer a Huerta de que volviera a México a recuperar el poder. En vista de ello, Orozco y sus correligionarios hicieron un compás de espera. A la llegada de Huerta a Nueva York, Pascual Orozco lo visitó a principios de mayo de 1915. En esta ocasión planearon actuar en forma conjunta, coordinarse, e hicieron los arreglos para invitar a todos sus

<sup>280</sup>Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 85 y *El rebelde*, pp. 142-143.

<sup>281</sup>Michael C. Meyer, *El rebelde*, p. 143.

<sup>282</sup>*Ibidem*, p. 145.

<sup>283</sup>*Ibidem*, p. 146.

<sup>284</sup>*Ibidem*, p. 147.



compatriotas exiliados en los Estados Unidos interesados en el movimiento anticarrancista. Después de ello, Orozco regresó a El Paso para preparar la llegada de Huerta.

### HUERTA CRUZA EL OCÉANO

PARA FORTUNA de los exiliados en Estados Unidos, Huerta había iniciado los planes para regresar a México. Desde finales de 1914 había hecho gestiones en la embajada británica en Madrid para que le permitieran trasladarse a Jamaica, poniendo como justificación lo duro del invierno español y el agradable clima de la isla.<sup>285</sup> Para su desgracia, su petición no fue atendida como deseaba. Mientras tanto, le llegaban regularmente las noticias sobre México. Por medio de ellas se enteró que sus verdugos se habían dividido en dos bandos: los convencionistas y los carrancistas, y que cada uno se arrogaba la legitimidad del poder político en México. Supo que, además de Carranza, Eulalio Gutiérrez había sido investido como Presidente de la República. Algunos mexicanos exiliados llegaron a Barcelona y le pidieron a Huerta que, teniendo en cuenta sus méritos militares, hiciera algo para remediar las caóticas condiciones que reinaban en suelo patrio. Huerta se sintió halagado pero estuvo consciente de que cualquier proyecto contrarrevolucionario, requería de amplio apoyo financiero y de una sólida organización militar. Ignorar estas condiciones básicas, resultaba temerario y suicida.

Pero al entrar el nuevo año las cosas pintaron mejor para las aspiraciones de Huerta. En febrero de 1915 recibió dos importantes visitas. El capitán Franz von Rintelen, llegó a Barcelona comisionado por la División de Inteligencia del Estado Mayor Alemán, para negociar un pacto con Huerta. En caso de aceptarse, Alemania también saldría ganando ya que obstruiría la entrada de Estados Unidos en la primera guerra mundial. Alemania buscaba en México un gobierno amistoso que le permitiera establecer aquí una magna base de operaciones militares cuya cobertura alcanzara el

<sup>285</sup>Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 237.

hemisferio occidental. Esto provocaría que Wilson prestara mayor atención a los problemas suscitados en la frontera sur de su país. Alemania también esperaba que Estados Unidos destinara una parte importante de su armamento militar para apaciguar un gobierno mexicano hostil, en lugar de enviarlo a Europa para reforzar a los países aliados. Con estos proyectos, y a nombre del Káiser Guillermo II, von Rintelen ofreció a Huerta ayuda financiera, en caso de que planeara su regreso al poder. Huerta se interesó en el ofrecimiento, pero no quiso comprometerse de inmediato. De cualquier forma, antes de que von Rintelen dejara Barcelona, acordaron que seguirían en contacto.<sup>286</sup>

Unas semanas más tarde, Huerta recibió un segundo visitante con un proyecto semejante. Se trataba del personero de un amplio grupo de exiliados que desde Estados Unidos, planeaba iniciar un movimiento anticarrancista. Aquí, uno de los más interesados en el proyecto era Pascual Orozco, amigo y partidario de Huerta. El visitante en cuestión era Enrique C. Creel, ex gobernador de Chihuahua, y ex secretario de Relaciones Exteriores. Para convencerlo, Creel le hizo saber que el Primer Jefe había elaborado una larga lista con los nombres de las personas que se proponía juzgar conforme a la ley juarista de 1862. También le dijo que muchas de tales personas habían huido al extranjero, sobre todo a los Estados Unidos, para evitar ser pasados por las armas.<sup>287</sup> Creel informó a Huerta que confiaba en que la población mexiconorteamericana de Texas se les agregaría al movimiento.

Creel hizo ver a Huerta que su participación era esencial para repatriar a todos los mexicanos que lo habían ayudado durante su régimen. Huerta aceptó el plan y le informó a Creel de la visita de Franz von Rintelen y del interés de los alemanes. A fines de marzo de 1915 Huerta y Creel dejaron España en el vapor “Antonio López”, de la Compañía Trasatlántica Española, junto con el general José Delgado y Abraham Ratner, un judío dedicado a los negocios de armas en Nueva York. Lejos de emprender un viaje sin aspavien-

<sup>286</sup> *Ibidem*, pp. 237-238.

<sup>287</sup> *Loc. cit.*

tos a Estados Unidos, Huerta y sus acompañantes lo dieron a conocer ampliamente por la prensa. A causa de ello, antes de que el vapor tocara puerto alguno, el cónsul general de los constitucionalistas en Washington, y el agente confidencial de Francisco Villa en la misma ciudad, protestaron y exigieron que no se dejara desembarcar a Huerta, ya que alentaría la actividad de los desterrados en los estados fronterizos. El arribo estaba anunciado para el 12 de abril de 1915. No obstante las protestas, Huerta y sus acompañantes desembarcaron.<sup>288</sup>

Al desembarcar en Nueva York y ser interrogado por los reporteros, Huerta declaró que su viaje era de negocios y de placer, y que se comprometía a no violar las leyes de neutralidad. Un periodista le preguntó si había tenido participación en el asesinato de Francisco I. Madero, y Huerta contestó negativamente. Otro corresponsal le preguntó si sabía quién o quiénes habían ordenado aquella tragedia. Huerta respondió afirmativamente, pero agregó que no podía revelar los nombres de los responsables. ¿Por qué, le dijeron los periodistas? Porque se trata de un secreto profesional. Ante el desconcierto de los reporteros, Huerta les dijo que así como los médicos y los abogados no podían revelar ciertas cosas, así también los hombres públicos, conocían algunos secretos, pero no los podían externar.<sup>289</sup>

Según el diario *The Mexican Herald*, apenas llegó a Nueva York, las autoridades estadounidenses le proporcionaron a Huerta una guardia de veinte agentes secretos para que lo acompañaran por teatros y cafés ya que se temía que algunos mexicanos lo asesinaran.<sup>290</sup> Al cabo de una semana, Huerta había desplegado una febril actividad. Por ejemplo, había sostenido conferencias con miembros de la embajada alemana y agentes alemanes secretos en Nueva York. Restableció contacto con von Rintelen, habló con el agregado naval alemán Karl Boy-De, y con el agregado

<sup>288</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 129-131, *The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 241.

<sup>289</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 129, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 241 y *El Radical*, 21 de mayo de 1915.

<sup>290</sup>*The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915.



militar Franz von Papen. Por cierto, que estos últimos ya habían viajado a la frontera de México para entrevistarse con algunos dirigentes de los exiliados, y acelerar los preparativos para almacenar pertrechos y municiones. Huerta le comunicó a von Rintelen que los planes del Káiser alemán coincidían con las pretensiones de sus compatriotas en el destierro, y le solicitó armas y dinero. Para el mes de mayo los planes marchaban sobre ruedas. Los alemanes le habían depositado a Huerta 895,000 dólares en varias cuentas bancarias, tenían listos ocho millones de cartuchos, y prometieron que sus submarinos depositarían 10,000 rifles en las costas mexicanas.<sup>291</sup>

Si bien Creel le había asegurado a Victoriano Huerta que se contaba con el apoyo de un vasto número de exiliados en los Estados Unidos, éste tenía sus dudas. Algunos de ellos eran felicistas, a varios de sus amigos los había despedido del gabinete en forma poco elegante, y otros estaban desterrados por su postura anticarrancista. En más de una ocasión a Huerta le asaltó la duda de poder efectivamente formar un bloque militar sólido y poderoso, con elementos tan dispares. Para despejar dudas, el general Delgado, el judío Ratner y su yerno Luis Fuentes, invitaron a varios desterrados a Nueva York para conferenciar con Huerta. En forma casi inmediata, los generales Eduardo Cauz y Prisciliano Cortés, ex gobernadores militares de Veracruz y Yucatán, presentaron sus respetos.<sup>292</sup> Al poco tiempo se agregaron José Inés Salazar y Emilio P. Campa, dos lugartenientes de Pascual Orozco. En forma continua, otros exiliados viajaron a Nueva York llevando noticias sobre lo que ocurría en la frontera sur de los Estados Unidos y en La Habana. En cuanto llegaron a Europa noticias de los preparativos de Huerta, otros exiliados se apresuraron a apoyarlo. Aureliano Blanquet, Manuel Garza Aldape y David de la Fuente, dejaron Londres y cruzaron el océano para dirigirse a San Antonio y El Paso. En La Habana la euforia

<sup>291</sup>*The Mexican Herald*, edición en inglés, 4 de agosto de 1915, reproducido en *El Demócrata*, 4 de octubre de 1915, y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 242.

<sup>292</sup>Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 243.

resultó incontenible y varios grupos se marcharon a El Paso, entre los que figuraban José María Lozano y otros personajes más.<sup>293</sup>

Huerta estuvo al tanto de la creación de la Asamblea Pacificadora Mexicana y de que algunos de sus dirigentes habían sido sus colaboradores. También supo que Félix Díaz vivía en Nueva Orleans, y que entre los exiliados circulaban los rumores de que también planeaba su retorno a México. Para Huerta la gran incógnita era ¿con quién estaba la mayoría de los desterrados desperdigados en suelo estadounidense? ¿Con quién estaban los organizados en la Asamblea Pacificadora Mexicana? Con él o con Félix Díaz. Sus consejeros y los desterrados que llegaban a saludarlo a Nueva York le aseguraban que si se los pedía, estarían con él. Pero en realidad, los exiliados estaban divididos. Unos estaban con Félix Díaz, otros con Huerta, y otros más, con nadie. Entre ellos imperaba la división, el temor y la desconfianza. De paso, se especulaba que la Asamblea Pacificadora Mexicana había considerado ofrecer inicialmente su apoyo a Félix Díaz.<sup>294</sup> Esto porque la organización nació antes del arribo de Huerta a Estados Unidos, y se ignoraban cuáles eran sus planes. Lo que sí es cierto, es que en ningún momento se planteó una alianza entre Huerta y Félix Díaz, como la habida en febrero de 1913. Ambos estaban terriblemente resentidos por sus traiciones, juegos sucios y ambiciones.

Una mañana, el brigadier Luis Fuentes, yerno de Huerta, se presentó en el domicilio de García Naranjo, en San Antonio, Texas, y le entregó una carta en la cual Huerta le hacía saber que necesitaba hablar urgentemente con él en Nueva York. Para evitar una evasiva, Fuentes le dio el boleto del tren y el dinero suficiente para cubrir los gastos. En vista de ello, García Naranjo abordó el tren y se dirigió a Nueva York. En el trayecto recordó que días antes, el general Enrique Gorostieta le había confiado de la llegada de Huerta a Estados Unidos y de que con seguridad lo buscarían. La entrevista se efectuó en la oficina de Abraham Ratner, ubicada

<sup>293</sup>Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, p. 259, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 243 y *El Demócrata*, 9 de mayo de 1915.

<sup>294</sup>Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 244-245.

en la zona de los grandes negocios de la metrópoli neoyorkina. Huerta se mostraba rejuvenecido y con magnífico semblante. Justo a Nemesio García Naranjo le confió su estrategia política y militar.<sup>295</sup>

Sin mayores formalidades, le comunicó a García Naranjo que a más tardar en dos semanas entraría en territorio mexicano, y que calculaba que antes de que terminara el mes de julio, restauraría su gobierno en la ciudad de Chihuahua. Enseguida le pidió que le organizara y diera fundamento legal a dicho gobierno. García Naranjo dijo que ello no era posible ya que Huerta había renunciado a la Presidencia de la República, y el Congreso aceptado su dimisión, razón por la cual no había forma de restaurarlo. Para concluir, le manifestó a Huerta que podía entrar a México como simple jefe revolucionario, pero jamás como presidente de la república. Huerta no estuvo de acuerdo con tales planteamientos e insistió en que su decisión ya estaba tomada, y que el 18 de junio iniciaría su movimiento armado para derrocar a Carranza.<sup>296</sup>

En plena discusión, entró a la oficina Ratner y García Naranjo repitió sus puntos de vista. Ratner le dio la razón a García Naranjo, pero indicó que para fines propagandísticos en Estados Unidos, era mejor que Huerta entrara a México en calidad de presidente de la república, ya que así podían obtener fácilmente recursos para financiar el movimiento. De no hacerlo así, el movimiento fracasaría. Ratner se comprometió a que una vez que Huerta instalara su gobierno en la ciudad de Chihuahua, los diarios de Nueva York le darían gran publicidad y el trato de Presidente. Para ablandarlo, le dijo que no era lo mismo buscar fondos para un nuevo rebelde, que para un gobierno constituido, que el sólo nombre de Presidente, le daría a Huerta mayor respetabilidad en México y en el extranjero, y serviría de freno a los abusos que a diario se cometían en el país.<sup>297</sup>

<sup>295</sup> Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 132-139.

<sup>296</sup> *Ibidem*, p. 133.

<sup>297</sup> *Ibidem*, p. 134.

A la hora de comer Huerta, Ratner y García Naranjo se dirigieron a un restaurante. Los dos últimos tomaron aperitivos, pero Huerta se abstuvo de tomar una gota de alcohol. Durante la comida, Huerta bebió agua mineral y les dijo que había dejado de ingerir bebidas destiladas, pero que de vez en cuando tomaba una copa de vino tinto. Para García Naranjo, ello indicaba que Huerta había decidido tomar las armas, con serenidad y reflexión, y no al calor de la excitación alcohólica. Ratner intervino en la plática aseverando que todas las personas invitadas a incorporarse al movimiento revolucionario habían respondido con entusiasmo. Pero García Naranjo no se adhirió al movimiento y se despidió de Huerta en buenos términos. De cualquier forma, Huerta le hizo saber que estaba a punto de salir rumbo a El Paso, para reunirse con los generales Ignacio A. Bravo y Pascual Orozco, José María Lozano y otros prominentes desterrados, y que si cambiaba de parecer, lo esperaba.<sup>298</sup>

Efectivamente Huerta puso en marcha su movimiento. Como desde semanas antes se dio cuenta que los agentes del Departamento de Justicia seguían sus pasos, hizo los arreglos necesarios para encontrarse con Pascual Orozco, en Newman, Nuevo México, un punto situado como a treinta kilómetros al norte de El Paso. El plan era cruzar juntos la frontera, en un lugar llamado Bosque Bonito, cerca de Sierra Blanca. El 24 de junio Huerta salió de Nueva York en un tren que aparentemente se dirigía al oeste, asegurando a los reporteros que planeaba visitar San Francisco. Casi al mismo tiempo, los desterrados mexicanos dispersos a lo largo de la frontera, se trasladaron a El Paso. En vista de ello, los espías carrancistas se pusieron nerviosos e instaron al Departamento de Estado para que tomara medidas eficaces contra Huerta y su séquito de correligionarios. El tren que conducía a Huerta arribó a la estación de Newman en la madrugada del domingo 27 de junio.<sup>299</sup> Pascual Orozco, su hombre clave, y Luis Fuentes, su yer-

<sup>298</sup> *Ibidem*, pp. 135-141.

<sup>299</sup> *Ibidem*, pp. 144-145, *The Mexican Herald*, 30 de junio de 1915.

no, lo recibieron con un coche preparado para llevarlo a toda velocidad a la frontera. Pero antes de abandonar la estación, los mexicanos fueron aprehendidos por funcionarios del Departamento de Justicia, apoyados por tropas federales.<sup>300</sup>

Huerta había cometido un grave error. Se preocupó demasiado por sus relaciones con el gobierno alemán y los desterrados mexicanos, y subestimó la postura de la Casa Blanca. Huerta calculó erróneamente que la guerra en Europa atraía toda la atención de Wilson y que él pasaría desapercibido. En realidad, desde el momento en que desembarcó en Nueva York, Wilson lo notificó a todos los funcionarios estadounidenses de la frontera. En vista de ello, un enjambre de agentes especiales seguía día con día sus movimientos. Y cuando se percataron de que Huerta viajaba a Texas, dieron los pasos necesarios para evitar que cruzara la frontera hacia México. El Procurador Federal del distrito de San Antonio, prometió al gobierno de Washington que recurriría a todos los medios legales para evitar que Huerta iniciara una revolución armada en México. Y agregó que si no reunía las suficientes pruebas, lo detendría argumentando violación a las leyes de neutralidad y amenazaría con deportarlo.<sup>301</sup>

Victoriano Huerta y Pascual Orozco fueron conducidos a El Paso, acusados formalmente de conspiración y violación de las leyes de neutralidad. La noticia circuló rápidamente y los exiliados congregados en El Paso, se acercaron amenazadoramente a la cárcel portando retratos de Huerta, y carteles en donde atacaban a Carranza. Como las autoridades temían que estallara la violencia, y los exiliados intentaran liberar a Huerta y Orozco, los prisioneros fueron trasladados a la prisión de Fort Bliss. Sus abogados consiguieron su libertad bajo fianza de 15,000 dólares para Huerta y 7,500 dólares para Orozco. Después de cubrir la fianza, los prisioneros fueron puestos en libertad, pero en vista de la proximidad de la frontera, quedaron bajo arresto domiciliario en El Paso.<sup>302</sup>

<sup>300</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 143-145.

<sup>301</sup>Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 246-247.

<sup>302</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 146.

Al iniciar el mes de julio de 1915, Huerta se enteró del fallecimiento de Porfirio Díaz en París, y de la suerte de quienes le habían sucedido en el poder. Pedro Lascuráin y Francisco S. Carbajal estaban exiliados, y Francisco Lagos Cházaro y Roque González Garza, no tardaron en seguir sus pasos. En México quedaba Carranza, al igual que Eulalio Gutiérrez. Sospechando que jamás podría cruzar la frontera e internarse en suelo mexicano, la noche del 3 de julio de 1915, Pascual Orozco saltó por una ventana posterior de su casa, evadió a los guardias y escapó del arresto domiciliario. Su plan era cruzar a nado el río Bravo e internarse en las serranías de Chihuahua que conocía palmo a palmo. Pero el plan presentaba graves dificultades pues su condición de prófugo se daría a conocer al público y, enterados de ello, los villistas lo recibirían a tiros en cuanto cruzara la línea fronteriza. De cualquier forma Orozco se arriesgó. La orden tajante de las autoridades estadounidenses, fue atraparlo a cualquier costo. Al mismo tiempo se canceló la fianza de Huerta y se le arrestó de nuevo. Como medida preventiva, la policía encarceló a cinco de sus correligionarios: José Ratner, Enrique Gorostieta, José Delgado, Eduardo Cauz e Ignacio Bravo.<sup>303</sup>

Enterado de los acontecimientos, Carranza se puso de plácemes. Quedó convencido de que el movimiento había abortado y que Pascual Orozco no significaba ningún peligro para su gobierno. Con Huerta en la prisión, no había otro caudillo capaz de garantizar el triunfo de la contrarrevolución. La confianza de Carranza fue mayor cuando observó que ni Mondragón ni Blanquet, José Refugio Velasco o Félix Díaz, tomaban la estafeta. Pero lo que más sorprendió a los mexicanos de ambos lados de la frontera, fue la rabia con que los estadounidenses persiguieron y asesinaron a Orozco. La zona occidental de Texas, tenía escasa población. Aunado al panorama desértico, la tarea de los rangers resultaba fácil. Les bastaba con revisar los pocos ranchos de la zona para encontrar la víctima buscada. La cacería se llevó a cabo con tanto encono

<sup>303</sup> *Ibidem*, pp. 146-147, Michael C. Meyer, *El rebelde*, pp. 157-158.



que desde un principio presagiaba una tragedia. Alguien lo denunció y los rangers calcularon su golpe fatídico. En un momento determinado, Orozco se dio cuenta de que estaba rodeado y acabó por aceptar su sacrificio en una choza. Sin riesgo alguno, en las primeras horas de la madrugada del 30 de agosto de 1915, un ejército de alguaciles, sheriff, rangers tejanos y tropas adicionales, distribuidos en ambos lados del cañón Green River, cayeron sobre el jacal cuando el general Pascual Orozco y sus cuatro fieles amigos estaban dormidos.<sup>304</sup> La muerte fue instantánea.

Enseguida sus flamantes ejecutores amarraron los cinco cadáveres con reatas, y los arrastraron a cabeza de silla por un agostadero lleno de nopales y de abrojos, hasta El Paso, para presentarlos a las autoridades con la calumnia de que los habían encontrado robando caballos.<sup>305</sup> Lo más reprochable es que el puritano y guardián de la legalidad, Woodrow Wilson, aceptó la versión. Al enterarse de la muerte de Orozco, Huerta cayó en una fuerte depresión. No sólo habían acribillado a tiros a cinco de sus compañeros, sino que su revuelta había llegado a su fin. Pero lo peor de ello, es que si los desterrados le habían pedido que encabezara una contrarrevolución, ahora los villistas y los carrancistas pretendían extraditarlo para juzgarlo y enviarlo al paredón. Por su parte, Estados Unidos amenazaba con enjuiciarlo por violar las leyes de neutralidad. Huerta estaba atrapado y literalmente liquidado. El 9 de julio las autoridades estadounidenses le fijaron una nueva fianza de 15,000 dólares, pero declinó depositarla y aceptó ser transferido a Fort Bliss. Con el paso de los días los desterrados concentrados en El Paso, desilusionados por el fracaso del movimiento, empezaron a dispersarse.

Mientras tanto, ¿qué es lo que sucedía en México? En el primer semestre de 1915 Carranza y sus subalternos se batían militarmente contra el bando de la Convención de Aguascalientes, cuyo

<sup>304</sup>Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 252-253 y del mismo autor, *El rebelde*, pp. 120, 140-141, 154-159. También véase la *Revista Mexicana*, núm. 1, 12 de septiembre y el núm. 11 del 21 de noviembre de 1915.

<sup>305</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 147-148.

caudillo principal era Francisco Villa. En estos meses, Obregón utilizó todo su genio militar para derrotar al Centauro del Norte, restarle peligrosidad y confinarlo a la condición de guerrillero. A mediados de 1915, Carranza y Obregón habían quedado libres de un eventual contraataque villista. Esto quiere decir que estaban listos para hacer frente a cualquier conato contrarrevolucionario. Antes de concluir, cabe preguntarse ¿realmente el gobierno de Estados Unidos y Carranza estaban dispuestos a permitir que el movimiento de Huerta prosperara? A nuestro juicio, ninguno de los dos gobiernos estuvo dispuesto a permitir que Huerta cruzara la frontera mexicana. Las razones han sido expuestas y se podría agregar otra más. Jamás permitirían que Huerta hiciera un llamado a los residuos del ejército federal y a las clases altas mexicanas, que finalmente seguían siendo porfiristas y huertistas. En concordancia con lo anterior, en octubre de 1915 Estados Unidos reconoció *de facto* al gobierno de Carranza.<sup>306</sup> Huerta, encarcelado en Fort Bliss, se enteró del reconocimiento. Ello le indicaba que en lo sucesivo, el gobierno de Estados Unidos trabajaría en forma conjunta con el mexicano para repeler cualquier peligro. Si nuestro razonamiento es correcto, desde mediados de 1915, la aventura de Huerta y Pascual Orozco estaba destinada al fracaso.

Como la salud de Huerta empeoró, el 5 de noviembre fue llevado a su casa y permaneció con su familia cerca de un mes. Como nuevamente prendieron los rumores de otra revuelta de los exiliados, las autoridades tejanas lo volvieron a encerrar en Fort Bliss. Aquí hubo necesidad de internarlo en el hospital militar, por una dolencia hepática aguda. Los cirujanos estadounidenses se sorprendieron cuando Huerta rechazó la anestesia y no obstante la tortura que sufría, se mantuvo inmóvil y quieto mientras el bisturí se abría paso en la víscera delicada.<sup>307</sup> Para él, esto no era nuevo. Al cabo de dos semanas Huerta apenas podía levantarse de su cama, y al agravarse, pidió morir en su casa. Las autoridades le concedieron sus deseos y dos semanas más tarde falleció. Se trata del 13 de

<sup>306</sup>Friedrich Katz, *La guerra secreta*, t. I, pp. 343 y 345.

<sup>307</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 347.

enero de 1916.<sup>308</sup> Sus partidarios guardaron silencio y se dispersaron en la Unión Americana temerosos de ser aprehendidos por su participación en la fallida contrarrevolución. Pero hubo alguien que desde las páginas de su revista, le rindió un emotivo homenaje: Nemesio García Naranjo.

### UNA GRAN APOLOGÍA

DURANTE este tiempo, la *Revista mexicana*, representaba el sentir de un vasto número de mexicanos desterrados en Estados Unidos, pero guardó un sorprendente silencio sobre la contrarrevolución montada por Victoriano Huerta. Pudiendo consignar en sus páginas los preparativos de la campaña, no lo hizo, a pesar de que Nemesio García Naranjo era uno de sus mejores amigos. ¿Por qué esta postura? Quizás no lo hizo para no dar lugar a que los estadounidenses lo acusaran de violar las leyes de neutralidad, y lo deportaran. Aunque también cabe la posibilidad que no quería alertar a Carranza. Pero cuando García Naranjo se enteró de que Huerta había fallecido, dejó traslucir un enorme dolor y estampó en el papel una frase trepidante. ¿Qué fue lo que dijo? Que acababa de “descender a la tumba, el hombre más extraordinario” que México había producido en los últimos años. Un hombre que vivió convencido, que bajo su férrea dirección, México debía liberarse del influjo estadounidense.<sup>309</sup> Con estas palabras que resonaron en los oídos de los carrancistas, García Naranjo definía la ideología, el carácter y la personalidad de Victoriano Huerta.

En otra parte de su oración fúnebre, expresó que cuando Estados Unidos intentó meter mano en los destinos de México, Huerta se opuso, no admitió transacciones envilecedoras, y se jugó el todo por el todo. García Naranjo aceptó que durante la invasión estadounidense al puerto de Veracruz en abril de 1914, Huerta hizo un mal cálculo de tipo político, al confiar en el patriotismo de los mexicanos. El Indio de Colotlán supuso que al ver la patria invadida, los

<sup>308</sup>Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 314.

<sup>309</sup>*Revista Mexicana*, núm. 19, 16 de enero de 1916.



mexicanos olvidarían sus rencillas para defender el suelo patrio. La cruda realidad fue que algunos mexicanos guardaron silencio y consideraron estúpidamente que la invasión no era contra la patria, sino contra Huerta. Sus nombres: los carrancistas, quienes enterados de la felonía del almirante Mayo, en lugar de actuar con patriotismo, aprovecharon las ventajas que les ofrecía el conflicto para fortalecer su causa y triunfar. El ultraje a Veracruz les cayó de perlas, lo tomaron con entusiasmo, para celebrarlo después en el Palacio Nacional.

A juicio de García Naranjo, Huerta dejó el poder en julio de 1914 convencido de que jamás podría vencer a Wilson, y que el país era víctima del pillaje y la anarquía. Al morir, hacía año y medio que había dejado de ser el presidente de México, ya no tenía ejército bajo su mando, ni disponía de mercedes para conquistar voluntades y casi todos sus amigos lo habían abandonado. Pero en el destierro español, su patriotismo resucitó y se convenció de que era su deber regresar al continente americano al lado de los suyos. Como Wilson no lo había olvidado, su policía lo vigiló, lo acosó, lo aprehendió cerca de la frontera mexicana en unión de Pascual Orozco, y lo encerró en un calabozo como vulgar delincuente. Extenuado, sin fuerzas físicas, con su salud deteriorada, aislado, postrado en su lecho de muerte, este indio siguió despertando el temor de todos los estadounidenses. La nación entera estaba inquieta porque Huerta hablaba, porque Huerta se movía, porque Huerta existía. El mundo estaba al tanto de su lucha, de sus aspiraciones, de sus ideales, y de su calidad de defensor del naciente nacionalismo mexicano. Por eso fue necesario recluirlo en una bartolina, someterlo a un proceso, sitiarlo por un ejército de carceleros y policías. Para desgracia de sus enemigos y detractores, del calabozo, Huerta salió para la eternidad. Junto con Orozco, murió en manos del enemigo y sus cadáveres quedaron tendidos en tierra estadounidense, víctimas del deseo de libertar a México.

García Naranjo advirtió que con su muerte, no se acababan los hombres del temple de Victoriano Huerta. Que aún quedaban suficientes mujeres mexicanas, que como Catalina Sforza, al contem-



plar desde la ciudadela de Rímini el sacrificio de sus hijos, se llevó las manos al vientre y les gritó con rabia a los ejecutores: “Ved de donde nacen otros.” A su juicio, lo mismo podrían decir las mujeres mexicanas frente de los cadáveres de Huerta y Orozco: mi seno está listo para seguir procreando mártires y héroes.<sup>310</sup> Así se truncó el intento de Huerta por derrocar a Carranza. No sabemos cuál hubiera sido la reacción de Carranza, de Obregón y de Villa, con un Huerta en suelo mexicano apoyado por los desterrados, dispuesto a recuperar el poder. ¿Con qué caudillo se habría aliado? ¿Qué sectores de la sociedad se le habrían sumado?

<sup>310</sup>*Loc. cit.*



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS